

LA VOCACIÓN LAICAL MISIONERA... DENTRO DE UN CARISMA O UNA ESPIRITUALIDAD CONCRETA

En la presentación del documento LAICOS MISIONEROS leemos: “Sacerdotes, religiosos y laicos formamos una misma y única Iglesia. Todos, radicalmente, tenemos la misma dignidad de hijos de Dios. A todos se nos confía la hermosa tarea de anunciar el Evangelio a todas las gentes y en todos los lugares de la tierra”.

Por eso, si realmente nos lo creemos, es importante la presencia, participación y colaboración de laicos, y de laicos misioneros, para transmitir una iglesia de ministerios, donde todos somos miembros activos, en el anuncio del Evangelio. Creemos que es importante en la evangelización esa identidad específica laical, no como contraposición a la identidad religiosa, sino como complementaria.

Es importante que los sacerdotes y religiosos reconozcan la vocación laical misionera como fruto del Espíritu que inspira los nuevos tiempos. Y sobre todo abrirse a ella no como una amenaza, sino como una riqueza, cada uno desde su realidad, trabajando juntos por el Reino de Dios, con la misma responsabilidad desde los compromisos adquiridos por cada uno.

Desde nuestra realidad de laicos estamos llamados a transformar el mundo, fundamentalmente desde los hechos, desde nuestra vida. Las palabras son importantes pero sólo pueden explicar o dar sentido a lo que hacemos, a lo que somos. Esta es nuestra vocación.

Para nosotros, el crear raíces es consustancial con nuestra esencia laical; nuestra presencia crea lazos y asienta a la humanidad en esta tierra a través de la familia, amigos, trabajo, fe, compromisos sociales...

Y todo esto, y más, configura el existir cotidiano del laico en las distintas sociedades y culturas que habitan la tierra...

Desde nuestra vocación cristiana cuando hablamos de misión “Ad Gentes” pensamos en aquellos pueblos que no han recibido el evangelio, que la semilla lanzada por el Espíritu no ha florecido suficientemente, y también hablamos de pueblos empobrecidos, excluidos del carro de este mundo, abandonados.

En medio de ellos queremos que haya Vida, y Vida en abundancia. Vida de la buena. La llegada del evangelio, el anuncio de Jesús, quiere transformar, revolucionar todo empezando por la persona, pero concretándose en el día a día: en las relaciones familiares y de amigos, en el trabajo, en la sociedad, en la Iglesia...y es ahí donde queremos aportar nuestro granito de arena, cada misionero desde su vocación de padre, hermano, hermana o laico.

Nos quejamos muchas veces de no llegar a la gente, de que la evangelización de muchos pueblos no pasa de un simple barniz. Necesitamos una evangelización profundamente inculturada y plenamente liberadora, que llegue al núcleo profundo de la persona, de la sociedad y la transforme. Para ello creemos que el aporte de los misioneros laicos es fundamental, decisivo; con su inserción en el pueblo y el testimonio de sus vidas son un ejemplo vivo de cómo Jesús puede transformar una vida, crear un nuevo estilo de familia, ser un trabajador servicial y con vocación, etc, etc. Somos conscientes de la responsabilidad que significa exponer tu vida ante los demás para dar testimonio de Jesús, y por eso nos fiamos de Él pues sabemos que al llamarnos también se comprometió a acompañarnos.

Desde nuestro carisma misionero queremos llevar la Buena Noticia en medio de la miseria, la injusticia, las tristezas y las alegrías de los pueblos. Esta Buena Noticia es real, es posible, y la haremos posible día a día.

Esta es la maravilla del laicado misionero, ser ejemplo vivo, real, no ideal, con sus defectos pero con su viveza. Compartiendo el día a día, mostrando otra forma de ser familia, amigo, compañero de trabajo, ...

Quisiéramos poner algunos ejemplos:

En el ámbito familiar, con la llegada de nuestra primera hija, la gente nos comentaba “ésta es mozambicana,... es nuestra”, ya era algo suyo y como tal la cuidaban, la visitaban en casa, jugaban con ella y la llevaban de paseo. Esta presencia, como familia, nos abrió muchas puertas en la relación con la gente, otra manera de acercarnos, hizo nuestra presencia más real y significativa para el pueblo, porque compartíamos con ellos no sólo nuestras vidas sino nuestro ser familia. Para ellos, que viviésemos allí con nuestra hija era un signo de esperanza y una apuesta por ellos, por el pueblo macua de Namapa.

De ahí el sinsentido que encontramos a veces cuando obispos o religiosos, no sólo no quieren, sino piden que los matrimonios misioneros no tengan hijos durante su periodo de servicio en misión, pues disminuye su capacidad de trabajo y dedicación, o algo así. Es triste y nos da la sensación de que no se tiene claro que significa eso de ser laico misionero y se busca más bien el sustituir el trabajo de un hermano o hermana sin valorar la importancia de la especificidad del laicado.

En el ámbito socio-laboral, nosotros trabajábamos en sanidad y educación, pilares fundamentales para el desarrollo de un país, y los principales problemas que encontramos fueron corrupción, abuso de poder y falta de vocación de servicio. En este sentido nuestra aportación era simple: Trabajar con vocación, atendiendo a los enfermos como seres humanos, intentando ser cercanos, atendiendo sus necesidades y resolviendo sus dudas, siendo cumplidores con nuestra tarea de profesores, preparando y dando las clases lo mejor posible, evaluando a los alumnos según sus conocimientos. Todo ello sin ocupar cargos de dirección, como uno más. Esto, en principio tan lógico, desestabiliza todo un sistema donde el dicho es que “cabrito come donde está amarrado”. El trabajo no puede ser el sitio donde sacar provecho personal sino más bien donde servir al prójimo y transformar la sociedad, haciéndola más humana para todos.

Si bien no fue fácil, a partir de finales del segundo año se empezaron a notar pequeños cambios, sumándose a este nuevo estilo, poco a poco no nos engañemos, enfermos y alumnos que empezaban a reconocer sus derechos y pedir que se les respetara, y funcionarios, tanto enfermeros como profesores que también se manifestaban en contra de las conductas más corruptas de sus compañeros e iban cambiando su propio estilo de actuación.

Es posible otra forma de estar en el trabajo y encontrar satisfacción en el mismo. Creemos que desde fuera no hubiera sido lo mismo, hace falta meterse, desestabilizar el sistema desde dentro, mostrar que es posible y acompañar al que quiere levantar la cabeza y decir estamos contigo, adelante.

Creemos que es importante profundizar en lo que supone enraizar el evangelio en la realidad social, hay que asumir que desde los poderosos no cambiará el mundo, es la gente sencilla la que le interesa que esto cambie y son ellos los que deben hacer posible este cambio y ahí está el laico misionero animando como uno más, en las asociaciones de padres, de vecinos, culturales, cooperativas... Creemos que hay que estar presentes en la vertebración de la sociedad, lo cual requiere de constancia, de fe en que es posible a pesar de las dificultades...

Y es ahí, en las reuniones de trabajo hasta altas horas, en el trabajo de fin de semana, con los vecinos... es ahí donde hay que dar esperanza, es ahí donde se hace presente a Jesús, es ahí donde tenemos que estar.

En el ámbito eclesial: nuestra parroquia en misión tiene 65 comunidades para 2 sacerdotes, y muchas de ellas quedan aisladas buena parte del año. Sólo gracias a que Mozambique es una Iglesia ministerial, con gran protagonismo de los laicos tras el periodo marxista, hace que estas comunidades de nuevos cristianos se mantengan. Nosotros simplemente acompañábamos en la formación a los responsables de jóvenes y de los matrimonios, apoyando su labor desde nuestra experiencia y formación, acompañándolos en sus responsabilidades a nivel parroquial y de sus distintas comunidades.

¡Cuanto de lo que aprender en nuestra iglesia;

Por eso es importante el trabajo coordinado de la comunidad apostólica, padres, hermanos, hermanas y laicos, para aprovechar mejor las fuerzas y dar una imagen creíble de esa iglesia ministerial, no piramidal. Y por eso mismo tampoco tiene mucho sentido que los laicos o los religiosos se cierren y no quieran tener momentos de encuentros, o que no cuenten los unos con los otros a la hora de planificar trabajos y actividades, pensamos que es mejor sumar esfuerzos que no dividirlos.

Queremos construir Iglesia, una Iglesia nueva:

- Una Iglesia ministerial donde el laico esté en su sitio, responsable de su fe, de su comunidad
- Creando comunidad de comunidades, con todos y cada uno, miembros vivos e indispensables de la comunidad, conocidos por sus nombres, que comparten la vida y donde se les cuestiona y exige por su estilo de vida, por su ser cristiano, por que en su vida hagan presente esta nueva fe que han abrazado.
- Inculturada porque es expresión de fe de cada hombre y mujer, de su cultura, de su tradición revivificada por la acción del Espíritu .
- Y plenamente liberadora, para que cada hombre y mujer se libere de aquello que le oprime, tanto a nivel interno como externo, y desde esa libertad pueda encontrarse con su creador, sintiéndose hijo amado y hermano de todo hombre.

Desde nuestra colaboración o pertenencia con un instituto o congregación religiosa nos preguntamos

¿Pueden compartir carisma laicos y religiosos?

Para nosotros, el carisma es un don que el Espíritu Santo en su pasear por el mundo ofrece a la humanidad, probablemente debido a la necesidad que el mismo mundo tiene de él y de su presencia para la construcción del Reino de Dios. Esa oferta que hace al mundo es como la semilla que lanza el sembrador y, cuando la tierra está abonada, agarra y da más fruto.

A lo largo de la historia hay quién ha abrazado y recreado estos carismas, como persona y después formando comunidades y grupos que incluso han llegado a ser congregaciones, institutos u organizaciones de distintos caracteres.

Cada persona, que es tocada de manera especial por una espiritualidad, está llamada a alimentarla y recrearla, sea hombre, mujer, religioso o laico. Cada comunidad que se siente llamada según un carisma, debe igualmente alimentarlo y recrearlo. Y si esa comunidad, grupo o movimiento es laical, con certeza que lo hará de manera diferente a como lo hacen los religiosos o religiosas; no menos auténtico o necesario el uno o el otro, reconociendo que es el Espíritu el que está detrás y que este don no es dado para encerrarlo entre cuatro paredes, es para el mundo, para nuestros hermanos.

Igualmente nos preguntamos

¿La vocación misionera laical, puede realizarse en colaboración y sintonía con una congregación o instituto misionero, sin que ello desdibuje la identidad laical?

Creemos que de igual manera que el catecúmeno se acerca a la comunidad para ser iniciado, y es la comunidad la que reconoce su camino de fe y lo acoge en ella, por el bautismo; así los institutos, congregaciones o movimientos laicales debemos acoger a todos los que se acercan a conocer y profundizar en el Carisma, desde la especificidad de cada uno: religioso, religiosa o laico, y ayudarles en este madurar de su fe. Integrándolos en la comunidad o en el grupo, si ésta es su opción, para juntos seguir creciendo y madurando en el seguimiento de Jesús según el carisma concreto.

Después, dentro de cada carisma los religiosos, religiosas y laicos que lo compartan deberían caminar juntos. Cada uno desde su especificidad, reconociendo igual dignidad los unos a los otros y siendo conscientes que su estado de vida no abarca la totalidad del carisma.

Es difícil no referenciarse en la vida de los religiosos y religiosas de los institutos o congregaciones a la sombra de los cuales nacemos, pero no nos engañemos laicos ni religiosos, la expresión de este carisma no será igual pues no somos iguales. Aunque apostemos por la comunidad como esencial en nuestra vida no será como una comunidad de religiosos; nuestra oración en tiempos, ritmos, o estilos tampoco es la oración del religioso; nuestro tipo de compromiso y trabajo aquí o en misión tampoco será igual y nuestra manera de expresar el seguimiento de Jesús, según el carisma determinado que tengamos, tendrá que ser diferente; ni mejor ni peor, ni el uno o el otro más auténtico.

En este sentido nosotros optamos por formar comunidades o bien laicales o bien religiosas. Dónde cada uno viva y se exprese según su estado de vida. Pensemos en los ritmos de trabajo y oración, relación con el pueblo, relaciones de familia a familia, etc. Si bien no descartamos la opción de comunidades mixtas, pensamos que hoy por hoy, tienen todavía mucho camino por recorrer, pues hasta hoy la mayoría de los laicos en comunidades religiosas ocupaban un lugar de pseudo-hermanos, adaptando su vida al ritmo del religioso.

Creemos que es importante establecer un clima de corresponsabilidad entre religiosos y laicos en nuestra presencia como misioneros en una determinada zona, aunando esfuerzos, análisis y planteamientos para una mejor y más auténtica evangelización. El tiempo sin duda corre a nuestro favor, a favor de los que entendemos que todos somos uno en Cristo, laicos, religiosos y sacerdotes cada uno desde su vocación al servicio del Reino de Dios.

Una dificultad frecuente con la que nos encontramos, dentro de los institutos o congregaciones religiosas, es con una aceptación y una apuesta teórica por los laicos, de parte de los religiosos. Es necesario ir haciendo camino para que de verdad crean que nuestra presencia, propia como laicos, no como sustitución de los religiosos, es necesaria e importante. Y para ello hace falta mayor conocimiento, trato y humildad por parte de todos. Evitemos los juicios rápidos de valor que etiquetan la vocación de unos u otros. Necesitamos conocernos más, es la mejor manera para crecer.

La presencia del misionero no sólo está en la pastoral directa, y la evangelización no se limita al anuncio explícito con la palabra, aunque éste sea fundamental, sino también a ser testimonio vivo del Resucitado en medio de la gente. Dar buenos frutos para que la gente pueda apreciar la bondad del Padre que les ama y está en medio de ellos. Ampliar nuestra visión hará que se superen las trabas y sepamos ver el sitio que unos y otros debemos ocupar, así como la importancia de cada uno en esta ingente tarea, por que la mies es mucha y los obreros siguen siendo pocos.

¿Creemos que es el Espíritu el que está detrás? Si la respuesta es SÍ, entonces sepamos acompañarnos unos a otros para ser cada día más fieles a la llamada.

A modo de reflexión final queremos compartir este sueño:

Perseguimos un mundo más humano, más divino, y por ello creemos que el evangelio debe llegar a cada rincón de la tierra, el amor de Dios se debe hacer presente a cada hermano necesitado. Para que el mundo mejore, son sus gentes las que deben cambiar y asumir este cambio en sus vidas, es cada pueblo el que inculturizará el evangelio.

El misionero lleva esa Buena Nueva pero ésta debe echar raíces para que no se la lleve las primeras lluvias, son las raíces de las comunidades cristianas de cada lugar las que lo harán y son a ellas a las que debemos cuidar, a los hombres y mujeres trabajadores, padres de familia, miembros de asociaciones, cooperativas y cristianos de base que hacen realidad en sus vidas y en la de sus pueblos el evangelio.

En esta labor nosotros, como laicos misioneros, queremos ser como esas pequeñas plantas que se siembran en terrenos áridos y ayudan a agarrar la tierra en momentos difíciles, ayudan a la fertilidad del suelo para que puedan llegar las especies autóctonas y se vayan fijando y así poco a poco ser sustituidas por éstas y, como cualquier misionero, ir a otras tierras donde se nos necesite.

El carisma es un don para el seguimiento de Jesús, fue Él quién nos escogió para seguirle de esta determinada manera. Con la fe puesta en Jesús, todos y todas las que compartimos cada carisma debemos acompañarnos para que lleguemos a la plenitud de la realización del mismo, reconociéndonos unidos en el bautismo como fuente de nuestra esencia. Y sabiendo que el Espíritu ha suscitado este don por el bien de este mundo y de su Iglesia y que nuestra responsabilidad es recrearlo y animarlo poniéndolo al servicio de nuestros hermanos y hermanas, especialmente los más pobres y abandonados.

Comboni decía que la misión no es tarea de un individuo o un instituto sino responsabilidad de toda la iglesia y por eso luchó en su vida, pidiendo ayuda a todos y acogiendo para este servicio a sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de todos los carismas y espiritualidades y creyendo por encima de todo en Salvar África con África, reconociendo en el Espíritu y en la propia gente el protagonismo de la misión, y en los misioneros, cualquiera que sea su opción de vida, unos simples servidores del Reino.